

Hacía rato que Sylvia daba vueltas por la cocina. Se desplazaba de manera lenta pero acompasada, como si sus pies describieran los pasos de un vals. Buscaba algo. Hacía rato que lo buscaba. Posó su mano derecha sobre la puerta del frigorífico, como si esperara sentir un latido. Como no sintió nada, se dijo que no debería de estar ahí. Con el dedo índice resiguió el contorno de una vieja licuadora. El gran vaso de cristal le devolvió el reflejo de sus caderas muy difuminado. Levantó la tapa. Se asomó. Nada. Giró sobre sus pasos y se dirigió hacia la ventana que daba al jardín. Su abuela, de espaldas a ella y con la mirada fija en alguna parte, estaba sentada en una silla metálica mil veces repintada de blanco, con un brazo descansando en la gran mesa de piedra.

Decidió salir al jardín. Era una tarde de primavera apacible. Estaban las dos solas en casa, así que iba a preguntarle a ella. Quizás le pediría que le explicara una de aquellas maravillosas historias que le contaba cuando era pequeña; eso podría dar a su imaginación la oportunidad de posarse, por el mayor de los azares, en el más mínimo de los detalles, y tender así un hilo del que tirar, cual Ariadna moderna en su laberinto particular.

-Abuela, no encuentro la inspiración... Tengo que enviarle algo a mi editora mañana sin falta y no tengo ni la menor idea de sobre qué escribir.

Su abuela pareció despertar de un sueño: se removió ligeramente en la silla y se giró levemente en busca de la cara de su nieta.

-Deberías alegrarte por el hecho de que no te hayan pedido un tema concreto. Así tienes la libertad de escribir sobre lo que tú quieras.

-Sí, debería... Debería si tuviera la cabeza rebosante de ideas, pero esta vez me han hecho un flaco favor.

-Hay muchas cosas sobre las que escribir. Piensa en alguno de los viajes que has hecho tú sola; en las gentes que has conocido, en los lugares que has descubierto, en las costumbres de las que te has apropiado...

-No, ya he escrito muchas veces sobre mis viajes...

-Ya veo que no aprecias la suerte que tienes; si yo estuviera en tu lugar, apenas podría escribir unas líneas. Sólo he viajado dos veces sola en mi vida, y ninguna de las dos fue por placer. Eran otros tiempos, no hace falta que te lo diga, y aunque siempre he creído en mi libertad como mujer, lo cierto es que una persona sola no puede luchar contra la tempestad. Hacen falta muchas, y hace cincuenta años... Mira, escribe sobre eso, sobre los derechos de la mujer, sobre todo lo que se ha conseguido desde mi juventud a la tuya. Una comparación generacional podría ser muy interesante. Está claro que quedan muchas cosas por hacer, pero no hay comparación con la situación represiva y degradante que vivimos las mujeres hace algunas décadas en este país.

Sylvia frunció el ceño, arrugó los labios y miró a su abuela a los ojos.

-¿Tanto crees que hemos ganado, abuela?

-¡Por supuesto! En mis tiempos la mayoría de las mujeres no trabajaba fuera de casa, estaba incluso mal visto. Como también lo estaba el que algunas quisieran cursar estudios superiores. La mujer en casa, a criar a sus hijos y a cuidar de su marido, que para eso se había casado.

-De acuerdo, hoy somos mayoría en las universidades y podemos desarrollarnos laboralmente, pero seguimos estando peor pagadas que nuestros compañeros. Y por lo de quedarnos en casa, qué quieres que te

diga... Las mujeres de mi generación asumen la doble responsabilidad, la de trabajar dentro y fuera. ¿Dónde está la ventaja?

-Sois independientes económicamente, y eso es una gran fuerza. Tenéis también el derecho a divorciaros, que eso en mi época no estaba permitido.

- Mmm... Estoy de acuerdo en que el divorcio es una medida legal y social indispensable, pero en mi opinión el uso se ha convertido en abuso. Las relaciones se han vuelto excesivamente ligeras, desprovistas de compromiso y responsabilidad. Cuando yo iba al colegio, un niño de padres divorciados era un bicho raro. Hoy lo es el que vive en su casa con su padre y con su madre. Estamos ante una generación de niños-maleta, criados casi exclusivamente por unas madres abrumadas ante tanta responsabilidad.

-Muy pesimista te has levantado hoy... Nadie os obliga a ser madre. Ahora tenéis acceso a diferentes métodos anticonceptivos, y ese poder de decisión también se ha conseguido hacepoco.

-Sí, abuela, efectivamente es otro gran avance, absolutamente necesario, pero tengo la sensación de que, en ciertos aspectos de esta reciente liberación sexual, hemos caído en nuestra propia trampa. En vez de aprovechar todo lo que hemos conseguido para hacernos más fuertes en nuestro propio terreno y reafirmarnos, muchas mujeres, y especialmente las más jóvenes, han optado por masculinizarse. Creen que de esa manera son más libres, porque por fin hacen lo mismo que han hecho los hombres toda la vida. Creo que hemos perdido un poco el norte en todo este asunto... Hace unas semanas leí en la edición francesa de *Vogue* que hasta existen páginas en internet para buscar genitores.

-Perdona hija, pero ¿qué son genitores?

-Hombres que ceden sus genes, abuela. Buscan a alguien que las fecunde, por el método que ellas prefieran, para dar a luz un hijo cuya crianza compartirán, de la manera que acuerden, con esa persona cuyo perfil médico, personal, intelectual y hasta en algunos casos profesional, les complace.

Su abuela alzó ligeramente las cejas pero no articuló palabra.

-Sí, abuela. Muchas veces somos nosotras mismas las que coartamos nuestras libertades, como con el famoso culto al cuerpo tan en boga en nuestros días. Somos las primeras en convertirnos en esclavas de nuestra imagen y caemos en la trampa de pensar que, si no somos como esa imagen del anuncio o del catálogo de moda, nadie va a fijarse en nosotras. Queremos ser la mujer perfecta, la madre perfecta, la compañera de trabajo perfecta, y no nos damos cuenta de que posiblemente lo conseguiríamos si fuéramos nosotras mismas, si siguiéramos nuestros instintos, si confiáramos en nosotras y no estuviéramos esperando a que el resto del mundo nos reconociera como las magníficas mujeres que somos.

Su abuela seguía muda. Pestañeó una, dos veces en medio de aquel silencio que finalmente se atrevió a romper.

-Recuerdo que me explicaste cosas interesantísimas de aquel viaje que hiciste en junio pasado. Mientras nosotros soportábamos un calor sofocante, tú estabas entrando en el invierno... ¿Dónde era? Podrías escribir sobre eso.

-En las antípodas, abuela, estaba en la antípodas...